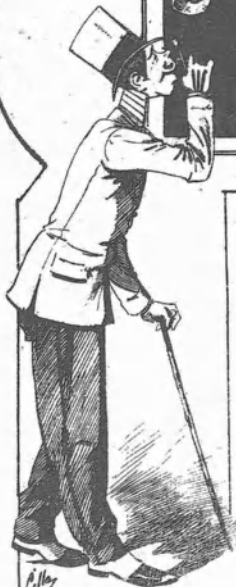




AÑO I.—Madrid 1.º de Noviembre de 1889.—Núm. 5.º

ENTRE TOMADORES



Este periódico celebra el **primer concurso español de belleza** en condiciones mejores á los celebrados en el extranjero.

—Y miente todo el que diga que no es nuestro oficio honrao. ¿No dice un refrán muy viejo que en el tomar no hay engaño?



Atravesamos unos momentos... no, no son momentos críticos, como suelen serlo todos los momentos para los políticos que hacen la oposición; son momentos raros, estrafalarios; los franceses dirían *drolatiques*.

No hay en todo el año una época que se asemeje á ésta en que hemos entrado.

Por un lado, el grosero materialismo brindándonos con sus placeres. Los cerdos, desollados y limpios, colgados á las puertas como si esta fuera una ciudad donde la matanza se hubiera elevado á la categoría de religión, ó como si Jack, el famoso destripador inglés, se hubiera encargado de la presidencia del Consejo de ministros; las carnicerías todas despidiendo un tufllo de morcilla en preparación que le hace á uno recordar los eligios que la hizo Baltasar de Alcázar, y, mirando hacia dentro, se ven colgados rosarios de salchichas como si fueran los toisones de la gula.

Por otro lado, el espíritu caballeresco español, el amor romántico. Don Juan Tenorio robando una doña Inés en cada teatro, los novios oyendo embobados aquellos famosos versos

«¿No es verdad, ángel de amor...»

y los chicos enamorados que presencian la función, diciéndose al oído: «¿Lo ves tío? Eso es querer, y no lo que tú haces, panoli!»

Por otro lado (porque esta época tiene tres caras), el respeto á los muertos, las lágrimas de las viudas de la última hornada, los blandones ardiendo para que San Pedro deje entrar en el cielo las almas de nuestros queridos antepasados...

* *

En fin, el hombre que quiere asimilarse á los tiempos y á las costumbres de sus contemporáneos, no sabe en estos días á qué carta quedarse.

El cerdo (con perdón) les inspira unos sentimientos, D. Juan Tenorio otros, y las coronas fúnebras otros diferentes de los anteriores.

Mira usted y una salchichera, y le seduce la gula; ve usted á doña Inés abrazada á don Juan, y no puede usted menos de decir: «¿No, como guapa es guapa la chica!; entra usted en la cocina de casa, donde navegan varias Inecitas en una cazuela de aceite, y le dan á usted unas ganas de echarse á llorar porque la gente se ha ido muriendo, que no hay medio de contener la pena.

El sabio (porque aún quedan sabios á la pata llana), el sabio—digo—ó el filósofo, si ustedes quieren, armoniza todos esos sentimientos y mete en una hogaza de pan unas chuletas de lomo, se sienta á comerlas junto á un camposanto, apura la repleta bota, y, cuando tiene una *juanca* que no se puede lamer, entra en el cementerio y da una vuelta alrededor del patio grande, deteniéndose ante todas las tumbas y diciendo con torpe palabra y con lágrimas vinosas: «¡Pobrecillo! ¡Don Roque López falleció en 1822, á los ochenta años de edad! ¡Ah, si ese hombre viviera!...»

¡Y lo mismo dice á todos!

* *

Ante los cerdos que cuelgan en las puertas de las carnicerías, y con una cazuela al pie para que vaya recogiendo la sangre de la reciente herida, hemos visto escenas muy curiosas.

Una estaba arrodillado, y rezaba no sé qué oraciones, y decía á un guardia que quería separarle del cadáver pendiente:

—¡Déjeme usted! ¿Usted no sabe que hay otra vida? ¿Usted ignora que en esa otra vida nos transformamos? ¿Quién puede asegurar que usted y yo no nos hemos de ver así?

Y decían al paso:

Un amante de la justicia.—¿Sabe usted si han cogido al autor de esa muerte?

Uno del resguardo.—¡No puede uno acabar con el matute! Á este le voy á pasar esta mañana por el fieltro con gabán y sombrero de copa, y ahí le tiene usted!

Un filósofo nocturno.—¡No somos ná! ¡Ayer sano y bueno, y hoy mitad tocino y mitad salchicha! ¡Ah! ¡La sociedad! ¡La sociedad!

En fin, que esta época es la más estrafalaria del año.

* *

Pero ya que hablo de animales, quiero denunciar como enemigos del orden social á ciertos animales, que viven en cierta calle, de cierto barrio, de cierto distrito... porque todo ello es cosa cierta.

Pues señor... la otra noche se sintieron ruidos subterráneos en la calle del Clavel.

Los vecinos se despertaron, se alarmaron, se reunieron y se comunicaron sus temores ó sus impresiones.

—Yo he sentido—dijo uno—ruido así como de cadenas arrastradas.

—Y yo—añadió otro—quejidos lastimeros como de algún alma en pena.

—¡Qué! ¿Quiere usted callar?—dijo otro.—Para mí es que están haciendo un escalo para robar el ministerio de Hacienda.

—¡Pero si no queda más que el ministerio! ¡Hacienda! ¡Dios la dé!

—No, señor, no; eso es cosa sobrenatural, ¡erécame usted á mí!

¡Algún alma que viene pidiendo misas!

—Pero ¿y de dónde van á salir esas misas?

—¡Le digo á usted que son ladrones!

—Le digo á usted que es cosa política, porque ahora le hacen mucha guerra al Gobierno.

—Señores: propongo que se avise al inspector, ó al delegado, ó á los guardias.

Porque esos guardias
¿para qué son?

Se avisó al delegado, y vino, y se registró la calle, y el ruido seguía; pusieron el oído en las losas de la acera, y el ruido seguía; escucharon por las bocas de alcantarilla, y el ruido seguía...

Hasta que por fin... ¡Vamos! ¿qué dirán ustedes que era?

Pues que unos caballos que viven á pupillo en la calle de San Miguel entretenían sus ocios pifando, sin consideración á la hora, á la vecindad y á los críticos momentos que atravesamos.

Supongo que la Sociedad protectora de animales dispondrá que á esos caballos se les busque otra posada para que nos dejen en paz.

Porque aquí se da la anomalía de que los animales tengan una sociedad de hombres que los proteja; y ¿quién nos protege á nosotros?

* *

El otro día se reunieron en Atenas la friolera de noventa y nueve, entre príncipes, reyes y emperadores.

Aquello debió estar muy animado.

No se oírán por las calles sino hablar en regío.

—¡Adiós, príncipe!

—¡Adiós, querido infante!

—Oye, emperador, ¿me das un par de pitillos, que me he dejado en casa la petaca?

—¿Me das lumbre, monarca?

—Oye tú, majestad, ¿quieres jugarle unas carambolas? Te doy diez para treinta.

Pues aquí en Madrid no crean ustedes que hemos sido menos.

Hemos tenido una hornada de infantes, príncipes, reyes usados y demás, que nos ha tenido locos de contento.

Con tal motivo, ha habido por esas calles tal abundancia de tropas, que nos acordábamos de cuando cantaba Villergas:

«Toda es confusión la corte:
tambores vienen y van,
y arte en patriótico fuego
la milicia nacional.»

Porque, en España, lo único que se enseña cuando llega un príncipe extranjero, es la tropa.

Verdad es que, como no les enseñemos la Historia natural, donde tenemos animales disecados que bajo la pluma muestran la paja de que están repletos, no sé qué les vamos á enseñar.

¿Escuelas? ¿Universidades? Si las tuviéramos, no sería malo.

Y no las tenemos: primero, porque no nos da la gana; y después, porque no tenemos dinero; lo cual son dos razones en vez de una sola que quizás tengan otras naciones más atrasadas.

* *

Bien mirado, lo de no haber dinero casi no es verdad, porque he leído en un periódico que en varios puntos de la Península han comenzado á circular con profusión monedas de medio duro.

Eso sí, monedas falsas como el alma de Judas.

¡Toma! Ya que no las haya buenas, conformémonos con las de imitación.

Pero todo se andará.

El Sr. Fubié se ha quejado en el Senado de la carencia de oro que se nota.

¡Vaya! Gracias á Dios que el Sr. Fabié y yo pensamos de una misma manera.

Ahora esperaré á ver qué le dan por haberse quejado, y, si le sale bien, me quejaré también yo.

¡Ojo al Cristo!

MANUEL MATOSES.

FRAGMENTO

En esta lasitud en que mi vida sin placer y sin penas se consume, y cual la tibia sangre de las rotas y henchidas venas sin esfuerzo fluyen, en este afán de dichas que no llegan y este girar de sueños que se hunden, de quimeras que el viento desbarata y de ilusiones que el azar destruye, tú eres la sola llama que me anima, la sola estrella que en mi noche luce, el solo guía que mi senda traza, y el solo imán donde mi vida acude.

JOSÉ J. HERRERO.

EN EL ALBUM DE AMALIA

No sé ni adónde voy ni lo que espero; pendiente tengo el alma de un suspiro: no te quiero mirar, pero te miro: ¡no te quiero querer, pero te quiero!

Voy al templo á rezar, y allí de hinojos de este insensato afán quiero olvidarme, y me olvido de Dios por acordarme de la divina lumbre de tus ojos.

Fija sólo en tu nombre la memoria puedes á Dios encaminar mi vuelo... Mi esperanza eres tú. ¡Ganar tu cielo es para mí como ganar la gloria!

Dispones de mi alma á tu acomodo; para salvarme á tu piedad acudo. ¡Si me dices que no, todo lo dudo! ¡Si me dices que sí, lo creo todo!

La eterna vida á tu capricho entrego: falso de luz tu caridad reclamo. Pistan ciego al amor, y yo te amo... ¡Tu compasión implora un pobre ciego!

Ciego de amor en el delirio toco; corto es el premio á que afanoso aspiro: te doy el corazón por un suspiro; ¡se contenta el que adora con tan poco!

Ausente de tu amor, sí quiero verte cierto los ojos con segura calma, y te veo en el fondo de mi alma reina y señora de mi triste suerte.

Los goces materiales son quimeras: más que el sol me seducen sus reflejos: las palmeras se adoran desde lejos... ¡me seduce el amor de las palmeras!

Para expresarte mi pasión ardiente no encuentro ni una frase ni un acento. ¡Cuando es grande y profundo un sentimiento no se sabe expresar lo que se siente!

Llega á mi labio la palabra fría y se detiene de mí afán en mengua... ¡No sabo traducir la torpe lengua lo que sabe decir la poesía!

Si de mi amargo suspirar te apadas, y el decirlo, mi bien, te causa enojos, contesta á mi pregunta con los ojos... ¡Que yo sé lo que dicen las miradas!

¡Mírame nada más!... Mi amor constante la luz aguarda de tus ojos bellos. ¡Dífe á tu alma que se asome á ellos como se asoma al cielo el sol gigante!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

À C...

Tus ojos negros y bellos al astro rey dan enojos, porque despiden tus ojos mayor caudal de destellos.

Mi alma se mira en ellos, y aunque se abrasa y se inflama, no huya, porque te ama, como blanca mariposa que, aunque se quema, se posa de la luz entre la llama.

J. POGGIO

PRIMER

CONCURSO ESPAÑOL DE BELLEZA



NUM. 1. | Sra. Doña M. R. F.
Barcelona.

EN BUSCA DE INSPIRACIÓN

Federico había reclinado la cabeza entre las manos y permanecido mucho tiempo en esta posición, como si durmiera. Delante de él, sobre la mesa de despacho, se veían cuartillas esparcidas en orden y vírgenes aún del impuro contacto de la tinta. Conservarían esa virginidad durante mucho tiempo; su amo y señor era demasiado amigo de lanzar su espíritu á la región ideal de los proyectos para someterse fácilmente á la realidad vulgar del trabajo. ¡Es tan hermoso forjar planes aun cuando no se lleven á la práctica!

Dentro de media hora, pensaba Federico, empezaré á escribir mi novela. Estamos á 11 y debo tenerla terminada para el día último del mes; verdad es que debí comenzarla hace cuarenta días. ¡Bah! todo es ponerse á ello; tres semanas dan mucho de sí cuando uno se empeña en trabajar de veras. No me asusta escribir diez páginas diarias, y eso es lo que necesito para quedar bien. Todavía no he ideado el argumento, pero tengo para mí que vale más ir escribiendo al correr de la pluma; así no se ponen trabas á la imaginación y la obra resultará más movida y espontánea. De todos modos no me perdonaría á mí mismo si no empezase á trabajar esta tarde.

Y colocando las cuartillas en orden tomó la pluma y la introdujo nuevamente en el tintero. La dejó á poco para aproximarse á sus labios un tabaco que encendió y cuyo humo aspiró con deleite. Quería concederse aquella última dicha, saborear aquel grato condimento de la ociosidad antes de convertirse en obrero infatigable. Sí, infatigable, porque se reservaba á sí propio la sorpresa de bajar muchísimo aquel día.

Acariciado por tan grata esperanza se reclinó en el respaldo del sillón y siguió con la vista las espirales de humo de su cigarro. ¡Cosa extraña! Federico, que no era supersticioso y creía medianamente en lo sobrenatural, estuvo á pique de lanzar un grito de asom-





¡Olé ya! las mujeres de salero.
Vale usted tanto, prenda,
que no tienen dinero pa empearla
entre tos los judíos de la tierra.



—Yo hace ya bastante tiempo
que me eché el alma á la espalda.
—¡Pues por lo visto, compadre,
tiene usted muy grande el alma!



¿Está hablando la portera
con la vecina del quinto?
No escapan muy enteras
las honras de los vecinos.



Don Nicomedes Trompeta.
Da sablazos de á peseta.



—¿A quién vas á visitar
que te has puesto la chistera?
—Al marqués de Siete-Pisos
que me encargó ayer arena.

bro. El humo dibujaba perfectamente una figurilla que oscilaba en nerviosas sacudidas y que fijaba en él un rostro lleno de agudeza y malignidad. Sospechó el joven que estaba fundándose el cuerpo de un hechicero, y aspirando con fuerza el aromático vapor, arrojó dos furiosas bocanadas contra la imprudente figurilla. No consiguió otra cosa que darla más vigor y definir mejor sus contornos. Para colmo de desgracia la visión que se cernía como una nube animada sobre su cabeza, prorrumpió en una risita burlesca que encendió en ira a Federico.

—No trabajarás, no trabajarás—le dijo con voz de falsete y haciendo grotescas cabriolas.

—¿Quién te lo ha dicho que no trabajaré? ¿No sabes que tengo un compromiso serio con mi editor y que he cobrado ya la mitad del libro?

—Razón de más.

—¿Por quién me tomas, visorón ridícula?

—Por lo que eres; por un bolgazán de primer orden.

—¡Vive Dios que he de trabajar únicamente para probarte que eres un calumniador insolente!

—No lo intentes, sería inútil. Mira: la pereza te ha cogido ya enlazándote de tal modo que ni siquiera podrás levantarte.

Y, en efecto, detrás de Federico se vislumbraba de un modo vago una figura de mujer pálida y ajada, vestida con una túnica que colgaba sobre su cuerpo con la misma gracia que si pendiese de una percha. Los ojos de aquella mujer tenían marcadísima expresión de somnolencia y estaban hinchados sus párpados; había ceñido el cuello del joven sus brazos como para no caer y se balanceaba cadenciosamente. Sus manos y sus pies eran de plomo.

—No pongas en tortura tu cerebro, Federico mío—decía con voz aguada, lenta y gangosa;—la vida no se ha hecho para consumirla así en un gabinete entre libros indigestos y cuartillas blancas que reclaman su presa. Fuera de aquí brilla el sol, hay árboles y flores, mujeres hermosas y elegantes, carruajes que alegran la vista con su rápido movimiento, y un cielo azul y resplandeciente que inspira más elevadas que las que pueden cobijarse bajo este techo resquebrajado.

—¿Casi tienes razón—contestó Federico;—yo necesito inspirarme; de otro modo no sabré cómo empezar mi libro.

La impertinente risita de la figurilla resonó entonces de nuevo.

—¡Ja... Ja...! Eres un bolgazán incorregible. Anda, anda, vete a paseo y que la novela se escriba sola. Esta es la historia de antea-yer y de ayer y será también la de mañana.

—No es verdad. Mañana trabajaré sin descanso.

—Me inspiras lástima y risa. Mañana trabajarás lo mismo que hoy, ó menos aún, porque la actividad se ejerce en razón inversa del cuadrado de la pereza acumulada y tú acumulas más á cada instante.

—¿Quién eres así te crees autorizado para ofenderme?

—Soy tu sentido común que te dice la verdad. Pero no temas, concluiré por alegrarme de ti y dejarte tranquilo.

—Me harás un favor. No necesito de ti para hacer lo que me parece oportuno.

—¡Desgraciado! No sabes lo que te dices. Te has abandonado á las caricias de esa vieja horrible que se llama la pereza, y ella es quien habla por tus labios.

—No me mortifiques más y déjame dormir acariaciado por la ilusión de que trabajaré en cuanto despierte.

—¿Y por qué no empezar desde ahora?

—Necesito inspiración y voy á buscarla en el sueño. Vete de mi casa y déjame en paz de una vez.

Y Federico, incapaz de resistir el peso de la pereza, que echada hacia atrás seguía ciñéndole el cuello con sus brazos, reclinó muellemente la cabeza contra el respaldo de su sillón y quedó profundamente dormido.

Entonces la figurilla de humo le asió la mano derecha, le colocó en ella una pluma y trazó una línea en la cartilla de papel que el joven tenía más cerca. Después fué perdiéndose lentamente, y concluyó por desvanecerse filtrándose por las entornadas persianas del balcón.

Mientras tanto Federico soñaba cosas agradables. Su espíritu no estaba ya en aquel gabinete, se había remontado al empireo, y volaba á través de los siete cielos soñados por el profeta. Cada cielo tenía el encendido color de uno de los rayos que componen la luz blanca: el primero era rojo purpúreo, el segundo anaranjado, el tercero amarillo, el cuarto verde, azul pálido el quinto (único visible desde la tierra), azul intenso el sexto y violado purísimo el séptimo. En todos brillaban millones de luceros de irresistible esplendor. Federico preguntó á un arcángel dónde estaba la mansión de la poesía, y fué guiado á una deliciosa comarca bañada por una luz de suaves tonos rosados, y en que se veían por doquiera árboles de oro y plantas y enramadas de metálicos reflejos sembradas de flores que bri-

llaban cien veces más que las piedras preciosas. Al pie de un inmenso palacio que parecía una gigantesca ampliación del Pastenón ateniense, departían algunos venerables ancianos, coronados de laurel y ceñidos con amplias vestiduras tálares. Federico se acercó á uno de ellos que en su sereno rostro mostraba una benevolencia infinita y una imponente mejestad.

—¿Querías enseñarme—le dijo—el lugar en que se halla el manantial de la inspiración?

—Sí, hijo mío—contestó el augusto anciano, que en su blanquísima cabellera ostentaba la nieve de treinta siglos de gloria.—El manantial de la inspiración existe, pero no aquí ni en otra región del mundo exterior; está en el fondo del alma de cada uno de los hombres.

—¡Ay! Yo no le encuentro en la mía.

—Pues no sueñes con hallarlos fuera de ella. Todas las armonía de la naturaleza no bastarán á encender en tu espíritu una chispa de ese divino fuego; podrán animarlo y hacer más intensa su llama; no crearlo. Tú habrás creído que la inspiración es un rocío celeste que cae sobre nuestro corazón, un néctar que brota de alguna fuente ignorada, y que puede convertirnos en dioses ó en poetas. La inspiración nace de nosotros, y da á nuestro pensamiento y á nuestros sentidos esa luzcidez misteriosa que nos permite contemplar el universo en toda su verdad y en toda su grandeza. Un destello de esa inspiración, arrancada á fuerza de sentimiento y de lágrimas del fondo de mi alma, me permitió, á mí, que era un pobre ciego, asistir en espíritu á la guerra de Troya y á las aventuras de Ulises.

Y el anciano se alejó con lentitud. Federico quiso seguirle; pero, nada conceder de aquellas sendas celestes, rodó por una nube, y cayó con rapidez vertiginosa á través de los siete cielos coloreados. Entonces despertó; el cigarrillo, á medio consumir, estaba apagado sobre la mesa; las cuartillas seguían esperando una caricia de la pluma; todo había sido un sueño de diez minutos.

Sin embargo, en una de las hojas de blanco papel había algo escrito. Federico la tomó con curiosidad, y leyó la siguiente sentencia, trazada de su puño y letra al parecer:

«La inspiración es hija del trabajo. Quien pretenda buscarla en la ociosidad, á guisa de traperero que anda con su gancho á caza de ideas, no la encontrará nunca.»

—Puede que esto sea verdad—se dijo Federico,—porque, cuando uno deja hablar á su conciencia, suele recibir lecciones muy útiles. Esta advertencia me ha impresionado. ¡Qué gana de trabajar voy á tener mañana!

E. VERA GONZÁLEZ.

¡DÍGA USTÉ ALGO!

Yo, el más infimo escritor,

porque nada soy ni valgo,

le profeso grande horror

á la frase «¡diga usted algo!»

que nos hace tanto honor.

Me encuentro á cualquier amigo:

—Chico, sé que eres poeta.

—Algo, de atención—le digo.

—Es oficio que me pesa

y á ser tu ayuda me obligo.

Te popularizaré,

hablaré á todos de ti.

Cuando tus versos leí,

la verdad, me entusiasmé.

Dime algunos.—¿Cómo! ¿aquí?

Para alabarte precisas

escucharlo, y ya te escuché,

dispuesto á morir de risa.

—Pues, hijo, lo siento mucho,

pero llevo mucha prisa.

Que va uno á alguna soirée,

la señora de la casa

le dice:—Aménice usted,

¡diga usted algo!—Si no sé.

—Caballero, esa no pasa;

vamos, que todos tenemos

mil noticias de su gloria

y escuchar á usted queremos,

ó si no, nos picaremos.

—Tengo muy mala memoria.

Dice una joven.—¡Por mí!

—No resistiendo á ese ataque,

digo.—Si traigo algo aquí...

y todas exclaman:—¡Sí!

¡que lo saque, que lo saque!

Leo al fin mi poesía,

el público se extasia,

vuelve otra vez á rogar

y acabo por renegar

de la pobre musa mía.

Todo el mundo se apresura

á verme y felicitarne,

no se cansan de alabarme

y oigo á un viejo que murmura:

—No ha acabado de gustarme.

Toda la gente me mira

y veo más de una dama

que de mi genio se admira,

que por mi musa suspira

y con entusiasmo exclama:

—¡Oh, qué musa tan sonora!

¡qué amena, qué seductora!

—¡Señorita, tanto honor...

—¡Es sublime, encantadora!

—Me hace usted mucho favor.

Y aunque mi musa es obtusa

y también es musa escasa,

usted de mi musa abusa

y al venir aquí, la musa

la voy á dejar en casa.

Yo mi ignorancia confieso,

y pues es débil mi seso,

concedáme algún reposo,

que usé no repara en eso

y yo estoy haciendo el otro.

RICARDO TABOADA OTERO.

IMPORTANTE

Rogamos encarecidamente á nuestros correspondientes en provincias se sirvan enviarnos á la mayor breve-

dad posible sus liquidaciones del mes de Octubre. Al que no lo haya hecho hasta el 8 del corriente, nos veremos en la precisión de suspenderle los envíos.

DOCUMENTO DE ACTUALIDAD

Ayer me encontré un prospecto en la calle de Sevilla, tan raro, que de copiarlo me ha dado gana en seguida. Es oportuno y curioso y dice así en estas mismas palabras:

«LA MUSA FÚNEBRE

AL PÚBLICO

Para el día consagrado por los fieles á las ánimas benditas (cuyos pies beso, aun á riesgo de que me salte una chispa), he puesto en casa á la venta, por si alguien los necesita, no cruceros, ni angelitos, ni cruces, ni lamparillas, ni faroles, ni siquiera coronas de *siemprevivas* (ó de *suegras*, como un yerno en pena las denomina), sino epitafios sencillos de varias clases distintas, escritos con prontitud aseó y economía.

Como baratos, lo son, y sólidos, no se diga, pues á los meritos juiciosos les duran toda la vida. Conque... ya ustedes lo saben; á ver si alguno se anima, que ya está al público abierta la *Gran epitafiera*.

Y para que vea el público que esta industria no es amillica, paso á darles de mi artículo una muestra pequeñísima.

EPITAFIO

DE UN BUEN HUIO Á SU MADRE:

¡Madre mía!

Este es breve y compendioso y hay pocos que tanto digan. Sin embargo, en diez pesetas se lo doy á quien lo pida.

Epitafio que en el nicho de un ex diputado fijan los que con él compartieron las penas y las fatigas:

«¡Descansa en paz! Del Congreso fuiste colosoma *firmisimo*, y sin tí tenemos miedo de que se nos venga encima.» Este se vende en seis duros, pero no se garantiza.

Modelo número tres.

Epitafio que podría grabarse en la sepultura, de cualquier madre política, costeándolo su nuera:

¡Á DOÑA... TAL!

Su familia,

que la echa mucho de menos *yo, aunque quiere, ¡no la olvidé!* Este le vendó en cien reales antes de catorce días.

Para muestra, según dicen, basta un botón. Ya está vista la calidad de mi género.

Advertencia importantísima:

Para las fúnebres losas que colocan las familias sobre los caros lectores y las lectoras carísimas de cualquiera de las muchas publicaciones festivas que existen, me comprometo á escribir, á la medida, epitafios en romance, ó en décimas ó en quintillas, con rebaja de un cincuenta por ciento.—Todos los días. Despacho de diez á cuatro, Calle de la Esperandilla, número trece, segundo de la izquierda.—No se fía. Teléfono tres mil nueve. Pedro Ruiz. Hay una firma.»

Por la copia,

JUAN PÉREZ ZCÚIGA.

EN LA COCINA

Un pinche de cocina, zorro y ladino, que encuentra confortable la cocinera y hará por sus encantos un desatino, si su pasión fogosa no se atempera, la declaró ayer tardó su amor ardiente, que levanta en el pecho rujientes olas, en este discursillo grandilocuente, al paso que fregaba las sacroelas.

—Te adoro como un bruto, tá bien lo sabes; si finges ignorarlo, bella Benita, incurres en un erimen de los más graves, pues por tí tengo el alma más que refrida. Hace tiempo que sufro como un babicea las torturas horribles de amor platónico; que siguiendo tus pasos de oca en meca por soplar tus hornillas me pongo aónico. Hoy el volcán estalla mal contenido, y de hinojos postrado mi amor te juro,

y con este supongo ya has comprendido que me sirves, Benita, para un apuro.

—Será tal mi desdicha que me reconciles, sagúdome la gloria de tu regalo? Si esto es lo que pretendes... mira lo que haces, pues te rompo el bautismo de un estacazo.— Al sentir la andanada á quemarropa, Benita, que no es lerda ni mojigata, y aunque tiene aficiones entre la tropa,

la presencia del pinche no le es ingrata:

—Admito de buen grado—dijole al punto— la flor de esos amores tan combustibles, y me ofrezco á ser tuya, si tienes junto para abrir una tienda de comestibles; porque obras son amores, y amor sin *quita* es eso como caldo de berenjenas; ya ves, pichón del alma, cómo Benita no ha echado en saco roto tus duras penas.— —Aunque ambición revela seguramente, tu proyecto es magnífico—repuso Hilario,— y uniéndolo con el tuyo mi contingente juntaremos muy pronto lo necesario. ¡Siemos sin escrúpulo! ¡Ancha conciencia! Del bolsillo del amo salgan las misas, este es el gran recurso por excelencia, y es la cuestión de moda la de las sisas.— Concertadas las cláusulas, cerróse el trato con diez ó doce besos exuberantes, sin más papel ni firma ni garabato, por no saber de letra los contratados.

AMBROSIO GONZÁLEZ.

TEATROS

La noche del 23 fué silbado, pateado y escandalizado en Martín *El hijo del siglo*, á pesar de lo cual figuró en los carteles los dos siguientes días.

¡Buen principio de crónica!

**

Siguió al anterior el estreno de *El buen callar* en el teatro de la Comedia, cuya obra no fué del agrado del público. Hubo un poquito de jaleo, y no se dijeron los nombres de los autores.

**

En cambio, en Lara obtuvo un éxito inmejorable la obrita *Juicio de faltas*, digna producción del Sr. Flores García, dialogada correctamente y con infinidad de chistes de buen género, que hicieron reir constantemente á los espectadores. Al final recibió su autor una ovación general y espontánea, teniendo que salir á escena varias veces.

La ejecución, intachable.

**

El sainete *El fueyo de San Telmo*, estrenado en la Zarzuela y original de los Sres. Arniches y Cantó, del libro, y el maestro Brull de la música, resultó muy del agrado del público, que hizo repetir varias veces la canción del seminarista.

Los autores tuvieron que presentarse en el palco escénico.

**

Pedidos á cuenta, en el teatro de Apolo, fué una obra que, con gran razón, no admitió el público; pues ni la letra ni la música llenaban las condiciones necesarias para ser aplaudidas.

**

¡Olé, *Señal!*, original letra y música de Julián Romea, y estrenada en Esclava, obtuvo un éxito como pocos, con lo cual ha dejado su autor bien sentada su reputación de escritor y músico.

Entre los aplausos se oyeron voces de ¡olé, Julián Romea! Se distinguieron las señoras Tejada y Baeza, y los Sres. Vallés, Ruiz y Lacasa.

**

En el circo de Price tuvo una esmerada interpretación la bellísima música de la zarzuela *Carmen*, que hace tiempo se cantó en Jovellanos, y más tarde en el Real.

**

Estas son las novedades teatrales que de más importancia hemos tenido en los últimos siete días, y por falta de espacio no doy cuenta á mis lectores de las de menor cuantía de otros teatros.

Y terminó con esta noticia de sensación:

La Alhambra no ha estrenado nada.

RICARDO SOTO Y PEDREÑO.

LO QUE USTEDES QUIERAN



Entre dos hablando están,
pero no sé qué hablarán.

15
CÉNTIMOS
NÚMERO
para
el público.

MADRID ALEGRE

SEMANARIO FESTIVO

Se publica los sábados.

10
CÉNTIMOS
NÚMERO
á correspondientes
y vendedores.

Contiene artículos y poesías de los más renombrados literatos y poetas, caricaturas de los mejores dibujantes, y excelentes grabados. Celebra el *primer concurso español de belleza*, en condiciones superiores á los verificados hasta ahora en el extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Península: trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 5; año, 8.—Extranjero y Ultramar: año, 15 pesetas.

DIFERENTES MODOS DE SUSCRIBIRSE

La suscripción á este periódico se puede hacer de los tres modos siguientes:

1.º Enviando, en carta dirigida al Administrador, el importe del plazo por que se haga la suscripción, en libranzas del Giro Mutuo ó letras de fácil cobro.

2.º Haciendo pedidos de libros á esta Empresa, pues damos un mes de suscripción gratis por cada seis pesetas de obras cualesquiera que se nos pidan, y por cada cinco, si están comprendidas en nuestras Obras recomendadas.

3.º Proporcionando diez suscripciones á MADRID ALEGRE; que al que esto haga le serviremos la suya gratis por el mismo plazo que comprendan aquéllas.

LOS SUSCRIPTORES Á MADRID ALEGRE TIENEN DERECHO

á que, tanto en la inserción de composiciones como en la publicación de retratos del concurso de belleza, se les prefiera, en igualdad de condiciones, á los que no lo son. Todo suscriptor puede indicar á la Dirección de MADRID ALEGRE las mejoras que en el mismo pudieran hacerse en opinión suya, en la seguridad de que se atenderán, á ser posible, sus indicaciones. Si se publicasen extraordinarios, los señores suscriptores los recibirán gratis.

Á LOS SEÑORES CORRESPONSALES

advertimos que se les enviarán sus liquidaciones á fin de mes, y que se suspenderá el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 10 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración, Arco de Santa María, 10 y 12, 1.º

Despacho: Todos los días de 3 á 6 de la tarde.

LOS NIÑOS DEL DÍA

CONCHA Y LUISITO

Forma un preciosísimo tomo, elegantemente ilustrado con magníficos grabados en color; impresión y papel de primer orden; encuadernación original y fuerte.

PRECIO: TRES PESETAS

Constituye uno de los donativos más útiles y adecuados para los niños.

JOSÉ ZORRILLA

EL LIBRO DE SU CORONACIÓN

Magnífico volumen, en 4.º, elegantemente impreso en papel simili-japón, ilustraciones de Riudavets, fotograbados de Laporta, fototipias de Laurent, cubiertacoro y colores.

Contiene, además de las poesías más notables del ilustre poeta, las lecturas que el mismo hizo en Granada en el acto de su coronación y en el Liceo.

Precio: SEIS pesetas.

Estas obras se hallan de venta en la Redacción y Administración de MADRID ALEGRE, Arco de Santa María, 10 y 12, 1.º